

en donde halló á don Rodrigo
 que á una torre tira varas,
 y con fuerza muy crecida
 á la otra parte pasaban.
 Gonzalvico que esto viera,
 las suyas también tiraba :
 las suyas que pesan mucho
 á lo alto no llegaban.
 Doña Lambra qu'esto vido,
 d'esta manera le hablaba :
 —Amad, ó dueñas, amad
 cada cual en su lugar;
 más vale mi caballero
 que cuatro de los de Salas.—
 Cuando Sancha aquesto oyó
 respondió muy enojada :
 —Callede, Lambra, callede,
 non digáis la tal palabra,
 que si mis fijos lo saben
 ante ti te lo mataran.
 —Callede vos, doña Sancha,
 que tenéis por qué callar,
 pues paristes siete fijos,
 como puerca en muladar.—
 Gonzalvico qu'esto oyera
 esta respuesta le da :
 —Yo te cortaré las faldas
 por vergonzoso lugar,
 por cima de las rodillas
 un palmo y mucho más.—
 Al llanto de doña Lambra
 don Rodrigo fué á llegar :
 —¿Qu'es aquesto, doña Lambra?
 ¿Quién os pretendió enojar?
 Si me lo dices, yo entiendo
 que te lo he de bien vengar,

porque á dueña tal que vos
 todos la deben honrar.

VII

Pelean los de Lara contra los moros: muere
 Nuño Salido, su ayo, y Fernán González, el
 mayor de ellos.

(Anónimo)

¿Quién es aquel caballero
 que tan gran traición hacía?
 Ruy Velázquez es de Lara,
 que á sus sobrinos vendía.
 En el campo de Almenar
 á los Infantes decía
 que fuesen á correr moros,
 que él los acorrería,
 que habrían muy gran ganancia,
 muchos captivos traerían.
 Ellos en aquesto estando
 grandes gentes parecían;
 más de diez mil son los moros,
 las enseñas traen tendidas.
 Los Infantes le preguntan
 qué gente es la que venía.
 —No hayáis miedo, mis sobrinos,
 Ruy Velázquez respondía,
 todos son moros astrosos,
 moros de poca valía,
 que viendo que vais á ellos
 á huir luégo echarían;
 y si ellos vos aguardan
 yo en vuestro socorro iría:

corrilos yo muchas veces,
 ninguno lo defendía.
 Á ellos id, mis sobrinos,
 no mostredes cobardía.—
 ¡Palabras son engañosas
 y de muy grande falsía!
 Los Infantes como buenos
 con moros arremetían;
 caballeros son doscientos
 los que su guarda seguían.
 Él á furto de cristianos
 á los moros se venía.
 Dijoles que sus sobrinos
 no escape ninguno á vida,
 que les corten las cabezas
 qu'él no los defendería.
 Docientos hombres no más
 llevaban en compañía.
 Don Nuño que ir los vido
 ido había por su espía,
 y cuando oyó las palabras
 que á los moros les decía,
 daba muy grandes las voces
 que en el cielo las ponía.
 —¡Don Ruy Velázquez traidor,
 el mayor que ser podría!
 ¿Á tus sobrinos infantes
 á la muerte los traías?
 Mientras el mundo durare
 durará tu alevosía,
 y la falsedad que has hecho
 contra la tu sangre misma.—
 Después que aquesto hubo dicho,
 á los infantes volvía,
 dijoles:—Armaos, mis hijos,
 que vuestro tío os vendía:

de consuno es con los moros,
 ya concertado tenían
 que os maten á todos juntos.—
 Ellos armáronse aína:
 las quince huestes de moros
 á todos cerco ponían;
 don Nuño, que era su ayo,
 gran esfuerzo les ponía:
 —Esforzaos, non temades,
 haced lo que yo hacía:
 á Dios yo vos encomiendo,
 mostrad vuestra valentía.—
 En la delantera haz
 don Nuño herido había
 y muerto muchos de moros,
 mas á él muerto lo habían.
 Los infantes arremeten
 con la su caballería:
 mezcláronse con los moros,
 á muchos quitan la vida.
 Los cristianos eran pocos,
 veinte moros á uno había;
 mataron á los cristianos,
 que á vida ninguno finca;
 solos quedan los hermanos,
 que ninguna ayuda habían.
 Encomendáronse á Dios,
Santiago, valme, decían:
 hirieron recio en los moros,
 gran matanza les hacían,
 no osan estar delante
 que gran braveza traían.
 Fernán González menor
 á sus hermanos decía:
 —Esforzaos, mis hermanos,
 lidiemos con valentía,

mostremos gran corazón
 contra aquesta morería.
 Ya no habemos ayuda,
 sólo Dios darla podía;
 ya murió Nuño Salido,
 y nuestra caballería:
 venguémoslos ó muramos,
 nadie muestre cobardía.
 Que desque estemos cansados
 esta sierra nos valdría.—
 Volvieron á pelear,
 ¡oh qué reciamente lidian!
 Muchos matan de los moros,
 á otros muchos herían;
 muerto han á Fernán González,
 seis solos quedado habían.
 Cansados ya de lidiar
 á la sierra se subían;
 limpiáronse los sus rostros
 que sangre y polvo teñían.

VIII

Juramentados los castellanos, salen á libertar
 á su conde, al cual hallan en el camino,
 ya libre, por una heróica traza de su des-
 posada doña Sancha

(Anónimo)

Juramento llevan hecho,
 todos juntos á una voz,
 de no volver á Castilla
 sin el conde, su señor.
 La imagen suya de piedra

llevan en un carretón,
 resueltos, si atrás no vuelve,
 de no volver ellos, non,
 y el que paso atrás volviere
 que quedase por traidor.
 Alzaron todos las manos,
 en señal que se juró.
 Acabado el homenaje,
 pusiéronle su pendón,
 y besáronle la mano
 desde el chico hasta el mayor,
 y como buenos vasallos,
 caminan para Arlanzón
 al paso que andan los bueyes
 y á las vueltas que da el sol.
 Desierta dejan á Burgos
 y pueblos al rededor,
 solas quedan las mujeres
 y aquellos que niños son:
 tratando van del concierto
 del caballo y del azor,
 si ha de hacer libre á Castilla
 del feudo que da á León;
 y antes de entrar en Navarra,
 toparon junto al mojón
 al conde Fernán González,
 en cuya demanda son,
 con su esposa Doña Sancha,
 que con astucia y valor
 le sacó de Castroviejo
 con el engaño que usó.
 Con sus hierros y prisiones
 venían juntos los dos
 en la mula que tomaron
 á aquel preste cazador.
 Al estruendo de las armas

el conde se alborotó;
 mas conociendo á los suyos,
 d'esta manera habló:
 —¿Dó venís, mis castellanos?
 Digádesmelo, por Dios:
 ¿cómo dejáis mis castillos
 á peligro de Almanzor?—
 Allí habló Nuño Lainez:
 —Íbamos, señor, por vos,
 á quedar presos ó muertos,
 ó sacaros de prisión.

IX

Querellas entre Fernán González y el rey de
 León, Sancho I, llamado el Gordo

(Anónimo)

Castellanos y leoneses
 tienen grandes divisiones.
 El conde Fernán González
 y el buen rey D. Sancho Ordóñez,
 sobre el partir de las tierras
 ahí pasan malas razones:
 llamábanse hi-de-putas,
 hijos de padres traidores;
 echan mano á las espadas,
 derriban ricos mantones:
 no les pueden poner treguas
 cuantos en la corte sone,
 y pónenselas dos frailes,
 aquesos benditos monjes,
 qu'el uno es tío del rey,
 el otro hermano del conde.

Pónenlas por quince días,
 que non pueden por más, no,
 que se vayan á los prados
 que dicen de Carrión.
 Si mucho madruga el rey,
 el conde non dormía, non;
 el conde partió de Burgos,
 y el rey partió de León.
 Venido se han á juntar
 al vado de Carrión,
 y á la pasada del río
 movieron una cuestión:
 los del rey que pasarían,
 y los del conde que non.
 El rey, como era risueño,
 la su mula revolvió;
 el conde con lozanía
 su caballo arremetió;
 con el agua y el arena
 al buen rey le salpicó.
 Allí hablara el buen rey,
 su gesto muy demudado:
 —Buen conde Fernán González,
 mucho sois desmesurado:
 si no fuera por las treguas
 que los monjes nos han dado,
 la cabeza de los hombros
 ya yo os la hubiera quitado,
 y con la sangre vertida
 yo tiñera aqueste vado.—
 El conde le respondiera,
 como aquel que era osado:
 —Eso que decís, buen rey,
 véolo mal aliñado;
 vos venís en gruesa mula,
 yo en un ligero caballo;

vos traéis sayo de seda,
yo traigo un arnés tranzado;
vos traéis alfanje de oro,
yo traigo lanza en mi mano;
vos traéis cetro de rey,
y yo un venablo acerado;
vos con guantes olorosos,
yo con los de acero claro;
vos con la gorra de fiesta,
yo con un casco afinado;
vos traéis ciento de mula,
yo trescientos de á caballo.—
Ellos en aquesto estando,
los frailes que han allegado:
—¡Tate, tate, caballeros!
¡Tate, tate, fijosdalgo!
¡Cuán mal cumplistes las treguas
que nos habiades mandado!—
Allí hablara el buen rey:
—Yo las cumpliré de grado.—
Pero respondiera el conde:
—Yo de piés puesto en el campo.—
Cuando vido aquesto el rey,
no quiso pasar el vado;
vuélvese para sus tierras;
malamente va enojado.
Grandes bascas va haciendo,
reciamente va jurando
que había de matar al conde
y destruir su condado.
Mandó pues llamar á cortes;
por los grandes ha enviado:
todos ellos son venidos,
y solo el conde ha faltado.
Mensajero se le hace
á que cumpla su mandato:

el mensajero que fué
d'esta suerte le ha hablado.

X

Sancho I de León requiere á Fernán González,
que como feudatario asista á las cortes

(Anónimo)

—Buen conde Fernán González,
el rey envía por vos,
que vayades á las cortes
que se hacían en León;
que si vos allá vais, conde,
daros han buen galardón,
daros ha á Palenzuela
y á Palencia la mayor;
daros ha á las nueve villas,
con ellas á Carrión;
daros ha á Torquemada,
la torre de Mormojón;
daros ha á Tordesillas,
y á Torre de Labatón,
y si más quisierdes, conde,
daros han á Carrión.
Buen conde, si allá non ides,
daros os han por traidor.—
Allí respondiera el conde
y dijera esta razón:
—Mensajero eres, amigo,
non mereces culpa, non,
que yo no he miedo al rey,
ni á cuantos con él son.
Villas y castillos tengo,
todos á mi mandar son,

d'ellos me dejó mi padre,
 d'ellos me ganara yo:
 los que me dejó mi padre
 poblélos de ricos hombres,
 los que yo me hube ganado
 poblélos de labradores;
 quien no tenía más que un buey,
 dábele otro, que eran dos;
 al que casaba su hija
 dóile yo muy rico dón;
 al que faltaban dineros
 también se los presto yo:
 cada día que amanece,
 por mí hacen oración;
 no la hacían por el rey,
 que no la merece, non;
 él les puso muchos pechos.
 y quitáraselos yo.

XI

Niéganse los nobles á pechar los cinco maravedises que Alfonso VIII les imponía

(Anónimo)

En esa ciudad de Burgos
 en cortes se habian juntado
 el rey que venció las Navas
 con todos los hijosdalgo.
 Habló con Don Diego el rey,
 con él se había aconsejado,
 que era señor de Vizcaya
 de todos el más privado.
 —Consejédesme, don Diego,

que estoy muy necesitado,
 que con las guerras que he hecho
 gran dinero me ha faltado.
 Querría llegarme á Cuenca,
 no tengo lo necesario;
 si os pareciese, don Diego,
 por mí será demandado
 que cinco maravedis
 me peche cada hijodalgo.
 —Grave cosa me parece,
 le respondiera el de Haro,
 que querades vos, señor,
 al libre hacer tributario;
 mas por lo mucho que os quiero
 de mí seréis ayudado,
 porque yo soy principal,
 y de mí os será pagado.—
 Siendo juntos en las cortes,
 el rey se lo había hablado;
 levantado está don Diego,
 como ya estaba acordado.
 —Justo es lo que pide el rey,
 por nadie le sea negado,
 mis cinco maravedis
 hélos aquí de buen grado.—
 Don Nuño, conde de Lara,
 mucho mal se había enojado;
 pospuesto todo temor,
 desta manera ha hablado:
 —Aquellos donde venimos
 nunca tal pecho han pagado,
 nos, menos lo pagaremos,
 ni al rey tal le será dado.
 El que quisiere pagarle,
 quede aquí como villano,
 váyase luégo tras mí

el que fuere hidalgo.—
 Todos se salen tras él.
 de tres mil, tres han quedado,
 en el campo de la Clara
 todos allí se han juntado.
 El pecho que el rey demanda
 en las lanzas lo han atado,
 envíanle á decir
 que el tributo está llegado,
 que envíe sus cogedores
 y luégo será pagado;
 mas que si él va en persona
 no será desacatado,
 pero que enviase aquellos
 de quien fuera aconsejado.
 Cuando aquesto oyera el rey
 y que solo se ha quedado,
 volvióse para don Diego,
 consejo le ha demandado.
 Don Diego, como sagaz,
 este consejo le ha dado:
 —Desterrédesme, señor,
 como que yo lo he causado,
 y así cobraréis la gracia
 de los vuestros hijosdalgo.—
 Otorgó el rey el consejo;
 á decir les ha enviado
 que quien le dió tal consejo
 será muy bien castigado,
 que hidalgos de Castilla
 no son para haber pechado.
 Muy alegres fueron todos,
 todo se hubo apaciguado;
 desterraron á don Diego
 por lo que no había pecado;
 mas dende á pocos días

á Castilla fué tornado.
 El bien de la lealtad
 por ningún precio es comprado.

XII

Querellas de Alfonso X, por la rebelión de su
 hijo y por verse abandonado de todos

(Anónimo)

Yo salí de la mi tierra
 para ir á Dios servir,
 y perdí lo que había
 desde mayo hasta abril,
 todo el reino de Castilla,
 hasta allá al Guadalquivir.
 Los obispos y prelados
 cuidé que metían paz
 entre mí y el hijo mío,
 como en su decreto yaz.
 Estos dejaron aquesto,
 y metieron mal asaz,
 non á excuso, mas á voces,
 bien como el añafil faz.
 Fallecieronme parientes,
 y amigos que yo había,
 con haberes y con cuerpos
 y con su caballería.
 Ayúdeme Jesucristo
 y su madre Santa María,
 que yo á ellos me encomiendo,
 de noche y también de día.
 No he más á quien lo decir,
 ni á quien me querellar,

pues los amigos que había
no me osan ayudar ;
que por medio de don Sancho
desamparado me han :
pues Dios no me desampare
cuando por mi ha de enviar ;
ya yo oí otras veces
de otro rey así contar,
que con desamparo que hubo,
se metió en alta mar,
á se morir en las ondas
ó las venturas buscar ;
Apolonio fué aqueste,
é yo haré otro tal.

XIII

Muerte de los Carvajales

Válasme, nuestra Señora,
cual dicen, de la Ribera,
donde el buen rey don Fernando
tuvo la su cuarentena.
Desde el miércoles corvillo
hasta el jueves de la Cena,
que el rey no se hizo la barba
ni peinó la su cabeza.
Una silla era su cama,
un canto por cabecera,
los cuarenta pobres comen
cada día á la su mesa.
De lo que á los pobres sobra
el rey hace la su cena,
con vara de oro en su mano
bien hace servir la mesa.

Dicenle sus caballeros
dónde irá á tener la fiesta.
—Á Jaén, dice, señores,
con mi señora la Reina.—
Después que estuvo en Jaén
y la fiesta hubo pasado,
pártese para Alcaudete
ese castillo nombrado :
el pié tiene en el estribo,
que aún no se había apeado,
cuando le daban querella
de dos hombres hijosdalgo,
y la querella le daban
dos hombres como villanos.
Abarcas traen calzadas
y aguijadas en las manos.
—Justicia, justicia, rey,
pues que somos tus vasallos,
de don Pedro Carvajal
y don Alfonso su hermano,
que nos corren nuestras tierras
y nos robaban el campo,
y nos fuerzan las mujeres
á tuerto y desaguisado.
Comiannos la cebada
sin después querer pagallo,
hacen otras desvergüenzas
que vergüenza era contallo.
— Yo haré d'ello justicia,
tornáos á vuestro ganado.—
Manda pregonar el rey
y por todo su reinado,
que cualquier que los hallase
le daría buen hallazgo.
Hallólos el Almirante
allá en Medina del Campo